DISCURSO

QUE EN LA JUNTA PÚBLICA EXTRAORDINARIA

CELEBRADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PARA HONRAR LA MEMORIA

DE SU ÚLTIMO DIRECTOR PERPÉTUO

EL EXCELENTISIMO SEÑOR

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

LEYÓ

EL ILLMO. SR. D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ,

Académico de número,

EL DIA 28 DE FEBRERO DE 1862.

MADRID,

1862.

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,

Plaza de los Ministerios, 3.

DISCURSO.

DISCURSO

QUE EN LA JUNTA PÚBLICA EXTRAORDINARIA

CELEBRADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PARA HONRAR LA MEMORIA

DE SU ÚLTIMO DIRECTOR PERPÉTUO

EL EXCELENTISIMO SEÑOR

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

LEYÓ

EL ILLMO. SR. D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ,

Académico de número,

EL DIA 28 DE FEBRERO DE 1862.

MADRID,

1862.

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,

Plaza de los Ministerios, 3.

Señores:

No cumpliria la Real Academia Española con los deberes que le imponen el amor y el respeto que le han inspirado siempre sus ilustres difuntos, ni demostraria la profunda pena que lleva en el corazon, si no consagrara con la doble solemnidad de este dia, una pública ofrenda á la grata memoria del tierno amigo, del noble compañero, del sábio Director, cuyos brazos nos estrecharon cariñosos cuando por primera vez penetramos en este recinto, y cuya irreparable pérdida lamenta con la Academia cuanto hay de sensible, ilustrado y patriótico en España.

Los fúnebres crespones que han enlutado el palacio de los representantes de la nacion y el más suntuoso de nuestros templos: los sentidos ayes exhalados en la tribuna por nuestros más elocuentes oradores al son del eco pavoroso del cañon y de las puras, suaves armonías que elevaban las preces del sacerdote hasta el trono del Eterno: la augusta presencia de S. M. el Rey presidiendo el duelo

de todas las clases del Estado, y el concierto de afligidas voces, de graves, de mesuradas y respetuosas demostraciones que ha sonado, que han podido observarse en todos los órganos, en todos movimientos que manifiestan lo que siente, lo que piensa y lo que dice la pública opinion, revelan que no es un suceso de ordinario valor el que ha ocurrido en estos dias de luto; que no deplora España la pérdida de uno de sus hijos oscuros ó vulgares, sino que tanta pompa, majestad y espontáneo sentimiento se han reunido, para rendir el tributo de su admiracion y su cariño á una gloria nacional, cuya personificacion ha bajado á la tumba con D. Francisco Martinez de la Rosa.

La Real Academia Española, no satisfecha en su dolor con haberse asociado al dolor público, ha decretado que en su nombre y á sus propias expensas se celebren nuevas honras de carácter religioso y literario por su inolvidable Director, y yo aplaudo que en esta parte haya ido más allá de lo que para casos análogos señalan sus Estatutos; porque ciertamente está muy justificado este, que podrá parecer á muchos lujo de sensibilidad, con la sola consideracion de que el insigne finado, además de sus grandes merecimientos, fué el único Director que ha conocido, bajo cuya autoridad se ha entregado á sus tareas, y, por consiguiente, el primero á quien ha visto morir la casi totalidad de los individuos de este cuerpo. Séame lícito, sin embargo, exponer lleno de confusion, que al lado de tanta buena voluntad como ha presidido en el ordenamiento y realizacion de este acto, no puede ponerse el acierto con que la Academia ha procedido eligiendo en mi persona al último de sus miembros, para que interprete su honda afliccion y trace, aunque sea á grandes rasgos, la necrología del

hombre eminente que ha henchido con su fama los sesenta y dos años que cuenta nuestro siglo. Aquí, donde para mayor lustre de la Academia, existen contemporáneos, íntimos amigos y partícipes de los triunfos y glorias del que hoy conmemoramos, hubiera sido para cualquiera de ellos fácil y lucidísima empresa, lo que para mí, hijo de otras épocas, alejado por mi edad y estado de su trato familiar, sin gran riqueza de datos y hasta sin el espacio preciso para buscarlos y ordenar mis ideas, será nada más que un buen deseo de casi imposible realizacion. Bajo, no obstante, la cabeza ante el inapelable precepto del que por el derecho de su paternal autoridad puede imponérmelo, y admito la grave responsabilidad de bosquejar la vida política y literaria de aquel, á quien aún me parece que estoy viendo entre nosotros, no sin pedir perdon á su venerable sombra por lo humilde del cronista que hoy le depara la posteridad, ni sin reclamar la indulgencia de mis compañeros y la del sensato auditorio que nos favorece con su presencia.

La primera y más importante observacion que hace el filósofo al considerar la vida del que, desde su glorioso tránsito á la eterna, debemos llamar únicamente Martinez de la Rosa, es el inmenso poder, la incontrastable fuerza del talento. Asombroso es, en verdad, que en nuestra nacion, donde á pesar del atropellado paso de tantas revoluciones como la han conmovido y trastornado, no se han perdido ni borrado todavía los linderos que en lo antiguo separaban las clases de que se componia la sociedad, haya habido un hombre que, en las épocas en que este género de preocupaciones contaba aún con numerosos y ciegos apasionados, llegara desde la modesta clase que honró

con su nacimiento, y á los treinta ó pocos más años de edad, á ser consultado y tratado respetuosamente por el Monarca [1], menos respetuoso con los que llamaba sus vasallos: á tomar asiento sin humillaciones, sin violencia, como por derecho propio, entre nuestra más enaltecida aristocracia; y sin haberse mecido en timbrada cuna, á ver ornado su pecho con las egregias condecoraciones que generalmente se destinan á los príncipes. Calidades de tal poseia MARTINEZ DE LA ROSA, y por eso, en alas de su poderoso entendimiento, apenas respiró el aire de la libertad, desde el llano voló á la montaña, y desde esta á las sublimes esferas donde moran los genios superiores.

Nació este esclarecido varon en la ciudad de Granada el dia 10 de Marzo de 1787, y fué bautizado el 12 del propio mes y año en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, en la misma pila que tambien lo habia sido su madre D.ª Luisa de la Rosa, y en la que recibió con el Santo Sacramento los nombres de *Francisco de Paula, Gerónimo, Meliton, Manuel, José, María del Cármen*. Tuvo la fortuna de que observara muy de cerca el raro despejo y lucidez mental, que demostró desde la infancia, el insigne don Antonio Prieto Moreno, Rector de la Universidad y Colegio de San Miguel de Granada, y á la vez el hombre más importante y de mayor autoridad entre los más entendidos é ilustrados que en las postrimerías del siglo último pisaban las orillas del Darro y el Genil. Sorprendido con la precoz madurez de aquel juicio en un sér que apenas rayaba en el oriente de la vida: admirado de la pasmosa

[1] Cuéntase que Fernando VII consideró siempre mucho á MARTINEZ DE LA ROSA, el único seglar á quien dió el tratamiento de USTED, sin permitirse jamás usar con él de sus ya proverbiales chanzonetas.

rapidez con que habia devorado á los doce años los estudios que constituian la primera y segunda enseñanza, se decidió á prestarle todo el apoyo de su proteccion, y se lo dispensó con tal perseverancia y ardoroso celo, que puede asegurarse que el Sr. Prieto Moreno fué el padre intelectual de Martinez de la Rosa. Con el objeto de cimentar en sólido terreno aquel naciente monumento de gloriosas esperanzas, que el porvenir se encargó de realizar, le condujo, recomendó y puso bajo la hábil direccion del en aquellos dias catedrático de lógica en el Colegio de San Miguel, y hoy nuestro querido y anciano compañero eminente poeta y literato, el Ilmo. Sr. D. José Joaquin de Mora. Al año siguiente el infantil alumno mereció la señalada honra de ser el amigo y colega de su maestro (quien, á la sazon, contaba diez y ocho años), y llenó de asombro á cuantos le vieron defender á la tierna edad de catorce aún no completos, unas conclusiones de lógica en latin, á cuya lengua tradujo correcta y elegantemente á Condillac, y cuyo tema creo que fué el de *methodus analytica aptissima est ad veritates inquirendas.* A las afamadas aulas de aquel colegio, primitivo plantel en Granada de las ideas científicas más avanzadas y populares, porque en él eran admitidos los que no podian ó no querian malgastar su tiempo en hacer las que se llamaban *pruebas de limpieza de sangre,* concurrian para argüir los que cursaban en los cláustros del aristocrático colegio de Santiago de la misma ciudad; y siempre, en las animadas, ingeniosas y profundas controversias que sostuvieron las eminencias facultativas de ambas casas rivales, se distinguió, brilló y cautivó, no sólo á los espectadores de aquellas luchas de la sabiduría, sino á sus propios contrincantes, el fenómeno

de la juventud granadina, el hijo predilecto de la elocuencia, Martinez de la Rosa.

Corria el año primero de nuestro siglo. Los espantosos rugidos de la revolucion de 1789 se habian estrellado contra las gigantescas rocas del Pirineo; pero aunque su triple muro de granito apagó la potente voz de aquella, no pudo, sin embargo, impedir que de risco en risco penetrase algun eco perdido en la entonces, no sé si feliz, pero sí dormida España. El espíritu público principió á sentir una inquietud desconocida, primero en las clases privilegiadas y más cultas, despues en las menos ilustradas y pensadoras. Con la vaguedad, indecision y blando empuje que se anuncian las grandes crísis de los pueblos, se apoderó de nuestro cuerpo social un creciente anhelo que indujo á sus más útiles miembros á pensar en los medios de calmar aquella lenta pero febril agitacion. Granada fué la primera de nuestras ciudades que, ayudada por los notables hombres de saber que poseia, pensó, trabajó y se convenció de la urgencia con que debian ser reformadas las instituciones políticas de un Estado, que, no sin cierto fondo de justicia, se consideraba como al más ignorante, flojo y selvático de Europa. Y tan exacta era por desgracia esta calificacion, que recuerdo ahora un rasgo que la comprueba, y pinta con suma fidelidad aquella época de supersticiones; rasgo que me ha sido trasmitido por un testigo de absoluto crédito y que me está escuchando en este instante. La primera máquina eléctrica que se conoció en Granada, la recibieron y manejaron los Sres. Conde de Teba y el general Pardo de Figueroa: dos personajes universalmente estimados por su esclarecida estirpe, por sus riquezas, por su pasion al estudio, al que el segundo

la tuvo en tanto grado, que á los cuarenta y ocho años de edad aprendió el griego, y vertió al mismo las obras de Horacio con pacienzuda y admirable puntualidad. Pues bien, por los experimentos que practicaron en la máquina, fuéron denunciados á la Inquisicion, y se vieron en grande apuro y muy en peligro, de ser tratados como correspondientes del *diablo de Zugarramurdi.*

Estas y otras demasías, que abiertamente pugnaban con el espíritu innovador que se inauguraba en España con el siglo XIX, produjeron, instintivamente, sin intencion preconcebida, la formacion en la oriental ciudad de dos círculos ó reuniones de personas, no para conspirar, ni oponerse, ni ocasionar embarazo ninguno al libre y muy respetado todavía ejercicio de la autoridad; sino que atraidas por una necesidad que todos sentian y que pocos habian analizado aún, se encontraron unidos y ligados para trabajar en la grande obra de nuestra regeneracion política, sin apenas haber pensado en ello. Al frente de una de estas reuniones brillaba una ilustre dama, bajo cuyo manto ducal se cobijaba cuanto de noble, docto y distinguido encerraba la ciudad; y presidia la otra, adonde concurrian los activos y fogosos representantes de las clases media y llana, D. Francisco Martinez y Berdejo, padre de MARTINEZ DE LA ROSA. Siguiendo las inspiraciones del ya mencionado *D. Antonio Prieto Moreno*, se estableció este núcleo de reformistas, del que más adelante fuéron apóstoles y á la vez intermediarios entre ambas sociedades MARTINEZ DE LA ROSA, *D. Narciso Heredia, conde de Ofalia, D. Mariano Sicilia. D. José Joaquin de Mora y D. José de Hezeta*, hombres todos de superior entendimiento, de ardiente fe, que se han distinguido y honrado la patria en sus diversas carreras, y los cuales,

exceptuando los dos últimos, nos han sido ya arrebatados por la mano de la muerte.

Por aquellos tiempos se redujo la accion de los asociados y de sus inspiradores, á moverse dentro del círculo legal ejerciendo la propaganda, ya comunicando entre sí, ya por medio de la cátedra, y ya con la publicacion de obras que acreditaban y difundian las novísimas ideas. Pero la historia ha demostrado que esta actitud hasta cierto punto pasiva y no agresora, no se hubiera mantenido así constantemente, aun cuando no se le hubiera dado un pretexto, que aprovechó instantáneamente para alterar las condiciones de su pacífica existencia. Mandaba en Granada como Capitan General el célebre y desgraciado don Tomás de Morla, el cual, para los fines que él se sabria con el gobierno supremo, hizo correr la voz de que la fiebre amarilla se habia extendido por Granada. Esta ficcion de epidemia en un punto bastante lejano de la costa para no creer verosímil la invasion de tan mortífera enfermedad, y lo poco simpático de las viejas ideas que el General representaba, fuéron suficiente motivo para que los hombres que se ocupaban tranquilamente de la cosa pública, abandonaran su posicion inofensiva y avanzaran á tomar otra más fuerte, más eficaz y amenazadora. Hé aquí la causa que dió pié á Martinez de la Rosa para escribir el *Cementerio de Momo*, del que sólo, y mucho tiempo despues, publicó nada más que algunos trozos escogidos.

No me atrevo á calcular el espacio que habria podido recorrer con su nueva actitud en el campo de la política, aquella brillante pléyada de hombres entusiastas é inteligentes, sin la inesperada consumacion de un hecho inaudito que puso en grave peligro la integridad é indepen-

dencia de la patria. La invasion de la Península por las armas de Napoleon. Desde aquel momento ya no se pensó en cuál podria ser el mejor sistema para el regimiento de los pueblos, sino en regimientos de soldados que vengaran las horribles escenas del 2 de Mayo, y arrojaran de nuestro profanado territorio las legiones del moderno César. Antes de la sangrienta hecatombe de Madrid, inmortalizada por el eterno recuerdo de sus preciosas víctimas y por la indignada musa de *Gallego*, habia fundado y dirigido MARTINEZ DE LA ROSA en Granada con el título de *El Diario*, y en union de algunos de sus valientes y discretos amigos, un periódico encaminado á combatir la injusta agresion, el escandaloso atropello de todos los derechos realizado por el vecino imperio contra un Estado neutral no preparado á la defensa, y á mantener é inflamar el espíritu de sus compatriotas, los que debian morir con dignidad antes que inclinar el cuello bajo el ominoso yugo de las falanges extranjeras. Pero cuando la ignominiosa conducta de estas hizo que reventara en el pecho la pública indignacion, fué comisionado MARTINEZ DE LA ROSA, que acababa de cumplir veinte y un años, por la Junta de Granada, para que acopiara en Gibraltar cuantos medios de resistencia pudieran oponerse al enemigo comun, que amenazaba inundar con sus temidas huestes las provincias andaluzas. A sus buenas gestiones con el Gobernador de aquella plaza, á su inteligente actividad, no inferior á las que en aquellos momentos desplegaba en Lóndres el comisionado por la Junta del Principado de Astúrias, su íntimo amigo y colega despues en el gobierno de la nacion, *Conde de Toreno*, se debió en gran parte el resultado de la gloriosa jornada que en los campos de Bailén, salvó el

honor nacional asegurando la independencia de la patria. Replegado con este motivo el ejército invasor á su primera línea de operaciones, é instalada la Junta Central, Martinez de la Rosa pasó á Inglaterra, donde estudió sobre el terreno de la práctica las teorías del gobierno representativo que deseaba aplicar á España, y cumplido su objeto volvió á Cádiz, que á la sazon era como el cenáculo donde se habian congregado todos los escogidos para tratar de nuestra política redencion. No podia Martinez de la Rosa dejar de llevar el tributo de su talento y de su eficaz cooperacion á este, llamado con harta verdad, último baluarte de la independencia española; y si bien no pudo tomar parte activa como legislador, por vedárselo su corta edad, en las tareas de las Córtes extraordinarias, desempeñó un cargo importante, creado para él, en la *Comision de libertad de imprenta*, y cultivó la literatura con aplauso de los que gustan ver hermanados los sentimientos patrióticos, y la observancia de las leyes del arte y del buen gusto. Allí escribió un número considerable de folletos, de composiciones líricas, todas inspiradas por las azarosas circunstancias que en torno de él se sucedian, y tambien sus primeras obras dramáticas *Lo que puede un empleo* y la *Viuda de Padilla*, que fuéron representadas y recibidas con demostraciones de entusiasmo, bajo el cañon del Trocadero y de las curvas de fuego que trazaban en los aires las bombas del usurpador.

Levantado el sitio de Cádiz, terminada la grande obra de las Córtes extraordinarias, y cumplida la edad legal que le concedia aptitud para las funciones legislativas, Martinez de la Rosa fué elegido por Granada para las ordinarias que sucedieron á aquellas, en las que unido

desde antes por la más estrecha amistad con los claros varones, Quintana, Argüelles, Nicasio Gallego y otros muy notables en aquellos dias de entusiasmo, de trastorno y de locura, sobresalió por su elocuencia, por su infatigable celo y noble buena fe en el mantenimiento del Código constitucional, cuya observancia lealmente habia jurado. Pero ni la pureza de su conducta, ni la sinceridad con que habia defendido á la luz del dia sus opiniones, ni la consideracion que por su juventud y lozano entendimiento merecia, fuéron suficientes para librarle de los estragos de la tormenta, de la verdadera *noche triste* que de repente se extendió por España con el decreto de 4 de Mayo de 1814, que disolvió las Córtes ordinarias, y anuló la Constitucion de 1812. Algunos de los hombres que más habian figurado en la disuelta Asamblea, bien porque presintieran todos los horrores que traia consigo una reaccion tan radical, ó bien porque no estuvieran muy seguros de la templanza y prudencia de sus hechos, como legisladores, se pusieron oportunamente fuera del alcance de la tempestad que amagaba á sus cabezas; mientras que Martinez de la Rosa, no prestando oído á los consejos de sus amigos y parientes, no aceptando ninguno de los medios que se le propusieron para que realizase su evasion, firme como una roca en sus convicciones, y tranquilo con la voz de su conciencia, esperó sereno, ¡con aquella serenidad nunca desmentida en los momentos más peligrosos de su larga existencia pública! el estallido del rayo de las venganzas, que no tardó en herirle, derribarle y confundirle entre los escombros del barrenado edificio constitucional.

Por real órden de igual fecha á la del decreto última-

mente citado, suscrita en Valencia por el ministro D. Pedro Macanaz, y dirigida al capitan general de Castilla la Nueva, D. Francisco de Eguia, se mandó formar causa y proceder sin pérdida de tiempo á la prision de las personas, ocupacion y exámen de los papeles que se encontraran en sus casas, contenidas en una extensa lista que acompañaba á la real órden, lista que comprendia á todos los representantes que no habian suscrito la célebre exposicion conocida en nuestra historia con el nombre de *la de los persas*. Martinez de la Rosa fué tratado en aquellas terribles actuaciones con todo el rigor que inspiraba á sus jueces, uno de los para ellos reos más capitales: conducido, primeramente al cuartel de Guardias de Corps, y encerrado en un calabozo contiguo al que tambien ocupó su grande amigo y hermano en letras y de infortunios D. Manuel José Quintana; despues á las prisiones de San Martin, y por último, á la sala de presos del Hospital por haberse quedado ciego escribiendo en la lobreguez de aquella reclusion húmeda y mal sana su propia defensa, que es uno de los documentos más eruditos, más ricos de datos históricos, de alegaciones en derecho, y de formas literarias más bellas que honran nuestro foro.

Se exigió de Martinez de la Rosa que abjurara de las opiniones que habia sostenido como legislador, y con la tranquila resignacion de los mártires, se negó resueltamente á la consumacion de un acto que humillaba su dignidad de hombre, que le apartaba de la fe con que habia proclamado sus principios políticos, y divorciaba de las ideas que fortalecian su corazon é inflamaban su pensamiento. Almas de tan acerado temple, resisten los más rudos golpes con que las abruma un enemigo poderoso, y no sucumben á la

violencia sino despues de haber sido destrozadas; por eso MARTINEZ DE LA ROSA resistió y no sucumbió espiritualmente en aquella lucha tan desigual y formidable, trabada entre la severidad de su conciencia, y el desatentado poder aconsejado y sostenido por la furia de la ingratitud y el espantoso genio de la destruccion y la matanza.

Cuando se hallaba en los postreros años de su gloriosa ancianidad, le oimos referir alguna vez con la sincera alegría de un adolescente, recordando aquella época de pavorosas persecuciones y dolorosos padecimientos, que disfrutó sin embargo en ella de una de las mayores felicidades de su vida. La de haber oido la voz y estrechado la mano de QUINTANA á través del agujero que practicaron, horadando por uno y otro lado la gruesa pared que dividia sus calabozos. Tambien se conserva todavía, y hoy guarda su virtuosa heredera, con el respeto que se tiene una reliquia, el cuchillo que acompañaba á la comida del ilustre prisionero el afligido padre de este, en cuyo hueco mango de plata introducia diariamente envuelto en una barrita de hierro, un papel que mantenia activa correspondencia entre el exterior y los encarcelados.

Se les hizo cargo en aquella causa *de haber querido establecer en la nacion el sistema de los enciclopedistas: de haber reconocido la soberanía nacional: de haber declarado nulos todos los pactos celebrados con Napoleon por el rey, mientras estuvo fuera de sus dominios: de haber querido arrollar nuestras antiguas instituciones: atacar las regalías y derechos del trono: suprimir su autoridad soberana, y constituir el reino bajo unas leyes que llamaron fundamentales*; y cuando apurados en los procedimientos los medios de investigacion, y examinados los testigos impues-

tos á los jueces instructores, llegó el caso de que estos dictaran la sentencia, preciso es decirlo, y decirlo con orgullosa efusion en honor de la toga española; aquellos jueces, que como hombres eran enemigos políticos de los acusados, que ejercian su alto ministerio bajo la presion de unas circunstancias que obligaban á la sumision, que difundian el terror por todas partes, no consintieron quebrantar con sus manos el cetro augusto de la justicia. En el informe ó consulta que en 6 de Julio de 1814 elevaron al gobierno del rey, se leen estas notables palabras, muy notables ciertamente y muy valerosas en los momentos que nadie osaba contrarestar el torrente impetuoso de la reaccion triunfante; manifestaron [1]: «*hemos querido proceder en la causa con la mesura, paso majestuoso y detenido que lleva la justicia sin riesgo á la luz con que descubre la verdad ó la mentira, la malicia ó el error, para formar un recto juicio de los hechos; pero nuestra* OBEDIENCIA Y SUMISION Á LOS DECRETOS SOBERANOS, NOS OBLIGA *á la imperfeccion de este trabajo, y es por lo tanto de esperar que V. M. nos disimule estas y otras faltas que necesariamente advertirá cuando examine este negocio..... El todo de él es un inmenso caos..... y por la rapidez con que se han practicado las actuaciones, declaramos que no nos es posible formar juicio*, y sometemos al del rey la resolucion.» La resolucion de aquel gobierno, fué la de poblar con los encausados los presidios de Africa, al peor de los cuales, el Peñon de la Gomera, tuvo la desgracia de ser destinado MARTINEZ DE LA ROSA. Con lo estrecho de su nueva prision,

[1] De una copia de la causa original, escrita de puño y letra por don FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA, y que se custodia entre los numerosos manuscritos que ha dejado á su fallecimiento.

lo abrasador del clima, y los combates que sufria su espíritu en aquella áspera soledad, adquirió un padecimiento que alarmó á todos los que por él vertian amargas lágrimas, porque puso en grave riesgo su existencia. Su desconsolado padre acudió al gobierno en 28 de Diciembre de 1815 con una sentida exposicion, implorando la gracia, y solicitando que se trasladara al desterrado político á una de las torres de la Alhambra ó á cualquiera otra prision en las fortalezas de la costa, donde su familia pudiera prestarle los auxilios que reclamaba con urgencia su triste situacion. Esta solicitud ([1]) se decretó al dia siguiente con un ESTÉSE Á LO RESUELTO, y tan á lo resuelto se estuvo, que sin el grito de la Isla (que yo no califico ahora), grito que en el espacio de dos meses cambió la faz política del Estado, es muy de creer que con el interesante prisionero habrian quedado enterradas en aquel desierto Peñon tantas esperanzas literarias, gloriosamente realizadas despues, y tantas muestras de rectitud, saber y elocuencia, claras fuentes donde ha podido apagar su sed la estudiosa juventud.

Pero MARTINEZ DE LA ROSA no debia perecer en la oscuridad, sino sufrir y conllevar la varia suerte á que parece están sujetos los hombres extraordinarios. A semejanza del coloso á quien el inspirado *Manzoni* consideró

due volte nella polvere
due volte su gli altar,

MARTINEZ DE LA ROSA pasó rápidamente desde las cientí-

([1]) Bastantes años despues la encontró casualmente en una tienda el Sr. MARTINEZ DE LA ROSA. La original, y con el decreto autógrafo puesto al márgen, la he tenido en la mano y leido entre las muchas curiosidades literarias é históricas que ha dejado inéditas aquel laborioso patricio.

ficas controversias de la Universidad, á la vida agitada de la prensa: desde esta á los triunfos de la escena y á las luchas del Parlamento: luego á los calabozos, á los presidios, como si hubiera sido un gran malvado: despues, vuelto á su patria y admitido en ella como un objeto de adoracion; flores, palmas, coronas, arcos triunfales, todo pareció poco á la muchedumbre entusiasmada para solemnizar su vuelta: la opinion pública le lleva al primer puesto en el gobierno, donde en breve es declarado traidor por los que antes le aclamaban, y ahora bullen y se revuelven en las sociedades secretas, y de donde le derriba al fin el récio empuje de la reaccion que vuelve á presentarse en el sangriento choque del inolvidable 7 de Julio. Vedle otra vez errante, en suelo extranjero vagando por las orillas del Sena y del Tiber, ó al pié del Vesubio, lamentando los dolores de su patria, y consagrando á la musa castellana todos los frutos de su vigorosa inteligencia, y vedle aparecer nuevamente con la limpia aureola de su fama, en la aurora del reinado de la augusta y benéfica Matrona, cuya blanda y cariñosa mano fué la predestinada para cicatrizar todas las heridas, y secar el abundante llanto que produjeron las dominaciones anteriores. Tanto rudo contraste, tantos vítores y desengaños, no han influido ni alterado la serena magnanimidad de su carácter. En el elevado puesto que vuelve á conquistar, ni la soberbia le deslumbra, ni el rencor le aconseja, ni la vanidad le desvanece. Dos veces, á sus ruegos, se abren las puertas de la patria, y entran libremente por ellas muchos de los que diez años antes le llamaron traidor, y turbaron el público reposo. Consecuente con sus ideas liberales, pero aleccionado por la experiencia, desea *her-*

manar el órden con la libertad, y funda con el Estatuto Real el partido liberal moderado en España, del que puede asegurarse que ha sido desde entonces hasta el postrer momento de su vida, el padre, el amigo, el consejero, la bandera, el patriarca. Sucesos que todavía lamentamos, porque con ellos nada han ganado el principio de autoridad civil, ni el religioso, ni la honra de la nacion, precipitan su caida y le fuerzan otra vez á deplorar en tierra extraña, pero en la que es considerado como uno de los hombres más sábios de Europa (1), que por los excesos de la revolucion se desacrediten las nuevas instituciones, á cuya pureza y engrandecimiento habia consagrado todas las facultades de su privilegiada inteligencia. Ya en edad provecta camina á la ancianidad con paso grave, majestuoso, sin que le abrume el peso de los años, sin que se amengüe la viva luz de su entendimiento, ni desmaye su vigor, ya representando á España en las córtes extranjeras, ya presidiendo nuestra Cámara electiva, y llega al fin de su digna, laboriosa y espléndida carrera, rodeado del respeto, del amor y de las lágrimas de sus conciudadanos.

Recójase un instante el pensamiento, y medite cada cual en el santuario de la conciencia, y ante el extenso panorama que ofrece la vida pública de este hombre de Estado, si durante ella ha poseido nacion alguna, muchos hombres del temple, del múltiple saber, de la perseverancia, probidad, sinceridad y firmeza que constituian, en perfecto equilibrio, la grande entidad político-filosófico-

(1) *Entre las muchas distinciones de que fué objeto por parte de las corporaciones científicas y literarias de Europa, merece mencionarse la de haberle elegido por su Presidente la Sociedad denominada* INSTITUTO HISTÓRICO, *de Paris, honra jamás concedida á ningun extranjero.*

literaria de Martinez de la Rosa. Medítese un momento, y se podrá apreciar, en toda su magnitud, la pérdida que con él ha sufrido la nacion.

No me es permitido analizar los actos de su vida política, ni detenerme en el desenvolvimiento de las consideraciones que del análisis pudieran desprenderse: ni lo ageno que es este sitio á las pasiones que intervienen en la cosa pública, ni el tiempo de que me ha sido dable disponer, ni la alteza del asunto lo consentirian. Dios ya los ha juzgado en la eternidad; en la historia imparcial que la posteridad escriba, los juzgarán los hombres, por lo que la Real Academia Española sólo debe aspirar en este dia á rendir un tributo, débil, por ser yo el encargado de ofrecerlo, pero muy cariñoso, á la buena memoria del insigne patricio, del orador siempre dulce y ameno, del poeta numeroso, del ilustrado retórico y preceptista, del discreto historiador, del cumplido caballero, del hombre, en fin, honrado y puro que fué uno de los más bellos ornamentos de la patria.

¡Dichoso el hombre para quien la posteridad principia á ser justa desde el primer instante que le ve descansando en los brazos de la muerte! y ¡más dichoso aún el que en los postreros años de la vida logra contemplar la benévola sonrisa de esa posteridad que se le acerca con ademan amigo y reverente! De esta rara distincion, como de otras muchas, ha disfrutado Martinez de la Rosa, distincion que no concede el mundo sino con suma sobriedad á sus hombres ejemplares. Es cierto que ha fallecido ejerciendo uno de los más elevados, y acaso el más importante de los cargos que, no mencionando el trono, se desempeñan en la nacion; pero, ¿podrá nunca achacarse

á esta, merecida, sí, pero casual circunstancia, la sorpresa, el íntimo pesar, la pública demostracion de sentimiento con que se recibió la infausta nueva de que habia cerrado los ojos para siempre el varon justo y sencillo á quien todos veneraban? Preguntad á los órganos de la opinion pública, á los cuerpos científicos y literarios, á la multitud que se unió espontáneamente al fúnebre cortejo, y preguntad á vuestro corazon si lo que echa de ménos es sólo el presidente del Congreso de los diputados, ó si á la vez no llora la pérdida del amigo, del sábio, del poeta, del hombre sincero, recto y consecuente. Es indudable que Martinez de la Rosa habria sido objeto de iguales afectuosas demostraciones, lo mismo muriendo sentado en la silla del presidente, que en la cátedra, que en el teatro, que en la vida privada, sostenido por su respetable opinion y rodeado de sus libros y laureles. Y este público duelo tiene á mis ojos una explicacion clara y evidente, porque emana de uno de los sentimientos más legítimos, más severamente lógicos de los muchos que revelan y enaltecen el carácter de nuestra nacion.

España profundamente religiosa, noble, valiente y expansiva, se ha despedido en todas las épocas con vivísimo dolor de sus hombres ilustres, cuando los ha visto descender á la mansion del reposo eterno. El General que ganó una batalla memorable en los fastos de nuestra gloriosa independencia: el austero representante de una idea, á la que vivió constantemente asido para morir abrazado á ella: el brioso cantor del *Mar*, de la *Imprenta* y de la *Vacuna;* y cuantos en alas de su genio se han elevado, si no á tan sublimes esferas, á otras muy distantes de las en que vegeta el vulgo, han recibido de la España católica,

entusiasta é independiente el tributo de su admiracion y de sus lágrimas, cuando los ha visto desaparecer bajo la losa de los sepulcros. Pero al separarse afligida de sus restos mortales, al darles el postrer adios en la última morada, España perdia un guerrero valiente y afortunado, un apóstol lleno de fe por una doctrina, que aún no es universal, y un gran poeta, un poeta incomparable; es decir, que en cada uno de estos nobilísimos varones, España perdió un hombre, muy eminente, muy digno y respetable, es verdad, pero uno solo, mientras que en Martinez de la Rosa, como en aquella Abeja de las musas, padre de nuestra escena, y que á la vez que ternísimo poeta, fué bizarro galan, y soldado, y sábio, y sacerdote, ha perdido un considerable número de hombres eminentes.

Si en la vida del individuo no se desprende nadie sin disgusto y pesadumbre de una joya de inmenso valor, ¿cómo en la vida colectiva podrán desprenderse las naciones sin exhalar sentidos ayes, de joyas que como Martinez de la Rosa, representan un riquísimo tesoro de otras muchas joyas morales á las que dan nombre la honradez, la bondad y la inteligencia? Lo repito: Martinez de la Rosa, á no poner en duda la natural expansion de sentimientos hondamente arraigados en el corazon de todos los pueblos, en cualquiera situacion de la vida que la muerte le hubiera sorprendido, habria bajado á la tumba con la grave pompa que desciende el justo, porque no siempre la pompa consiste en el rimbombe del cañon y en la brillantez de los trofeos materiales; hay tambien mucho de solemne, de sublime en las desinteresadas lágrimas que nublan en silencio los ojos de los amantes del saber, de la probidad y de la gloria, y nadie hay que no reconozca

que sobraban á Martinez de la Rosa títulos que le hacian merecedor de la gratitud, de la admiracion y del respeto de su patria.

A las relevantes cualidades que poseia y que hicieron de él un gran patricio, no cedieron jamás las altas dotes que constituian su franco, noble y bien delineado carácter. Y tan de mano maestra está dibujado este en la bien trazada biografía que de él compuso uno de nuestros más distinguidos y elocuentes compañeros, que no puedo resistir á la tentacion de leer un párrafo muy notable de aquella notabilísima composicion (1).—Dice así: —«Hemos oido referir que por los años de 1821 habia reunido »el mismo Sr. Martinez una pequeña série de estampas ó »pinturas respectivas á su persona.—Veíase en una celebrado y encumbrado por sus primeros pasos en la car»rera pública, con una exageracion oriental; venia des»pues otra estampa de su encarcelamiento como traidor, »y se designaba el suplicio en que debia morir: el Peñon »de la Gomera con su tristeza y sus trabajos, formaba el »asunto de la otra; seguíase el arco de triunfo que se le »levantó en Granada á su vuelta de presidio en la prima»vera de 1820; y remataba la galería con una caricatura »de las que salieron contra él durante su segunda diputa»cion acusándolo de vendido al monarca, á la aristocracia »y á las córtes extranjeras.—Por debajo de esta pequeña »série de dibujos que en su gabinete tenia colocados, ha»bia escrito el mismo Sr. Martinez estas palabras.—«*Ni »lo uno ni lo otro merecia.*»

Este rasgo, es la fiel expresion de su carácter. Ni pre-

(1) Biografía del Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, por don Joaquin Francisco Pacheco.

suntuoso ni modesto, á la manera que pueden serlo, el ignorante, el hipócrita ó el cuitado : ni soberbio ni humilde, sino imparcial conocedor de sus propias fuerzas, hubiera tenido por una torpe superchería el exagerarlas á sabiendas, ó por una degradante humillacion el rebajarlas : como hombre justo, apasionado á la verdad y enemigo de falsos oropeles, dijo siempre lo que sabia, hizo siempre lo que pudo, con lo cual queda entendido que pudo mucho y dijo más.—Y aunque dijo bastante y con nunca debilitada elocuencia en el campo de la política, no por eso dijo menos en el de la filosofía, del arte y de las letras. Así como en el derrotero de la nave del Estado siguió constantemente un solo rumbo, el que conducia al mantenimiento del órden y al disfrute de una libertad política racional, adoptó en cuanto al ejercicio de las artes de la inspiracion y del ingenio, una conducta diametralmente opuesta á la que observó como estadista. No hubo senda, abismo ni fuente en nuestro Parnaso, que no recorriera, que no salvara y en que no bebiera, con igual fortuna y discrecion. — La literatura clásica le es deudora de un precioso modelo que le ha legado con su sin par *Edipo*, despues de haber tratado el mismo asunto en la série de los siglos diez y siete autores muy notables, entre ellos Sófhocles, Séneca, Corneille y Voltaire.—La literatura romántica se ha enriquecido con su *Conjuracion en Venecia:* la tragedia de no tan elevado coturno con su *Viuda de Padilla*, *Morayma* y *Aben Humeya:* la comedia española con su *Español en Venecia :* la de carácter y de costumbres, con su *Niña en casa y la madre en la máscara*, *Los celos infundados, La boda y el duelo*, y *¡Lo que puede un empleo!*, y el drama moderno con su, *Amor de padre,*

último que escribió, no representado, y con cuyo título no parece sino que se propuso indicar la clase de amor con que miraba la gloria y prosperidad de nuestra escena. —Un bello tomo de poesías le reveló al mundo como digno continuador del sencillo y abandonado Anacreonte, y de la delicada ternura de Melendez: sus obras didácticas *Arte poética* y *El libro de los niños*, le han conquistado un asiento distinguido entre los retóricos; y su *Bosquejo de las hazañas de* HERNAN PEREZ DEL PULGAR, otro de no menor importancia entre los hablistas más castizos y los más profundos y eruditos historiadores. Su *Espíritu del siglo*, si bien no es *un curso de política aplicado á los sucesos contemporáneos*, es, sin embargo, en sentir del esclarecido biógrafo que antes he citado, *una coleccion de consideraciones políticas escritas con mucho juicio, con cabal sensatez*: una obra en cuyas páginas está encerrado *todo el carácter del autor, todo su sistema gubernativo*: *una historia de la Revolucion de Francia, escrita con erudicion y buen gusto*, una obra, en resúmen, estimable y de utilísima consulta. Por último, su *Bosquejo histórico de la política de España desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros dias*, es un precioso y riquísimo compendio donde los políticos españoles hallarán siempre interesantes noticias, doctas apreciaciones, un razonamiento siempre vigoroso, y una crítica siempre elevada, severa é imparcial.

Los títulos y el variado género á que estas obras pertenecen, manifiestan, con una elocuencia que yo no poseo, todo lo múltiple, flexible y asombroso de las facultades intelectuales de un autor que supo discurrir y escribir con igual correccion y profundidad, lo mismo en la lengua de Virgilio, que en la de Cervantes, en la de Racine, que en

la del Tasso, y todo lo pujante y levantado de su aliento. Pujante y esforzado, sí, pero no jactancioso, acaso como al insigne *Bailly* logró hacerle *temblar el frio*, pero nunca el miedo: jamás sonó en sus labios ninguna de esas hipérboles á las que da vida y formas la pintoresca imaginacion meridional; y nunca la serena plenitud de su espíritu fué turbada en las azarosas y fuertes sacudidas de la exigencia popular durante el largo período de su vida pública.—Ni el puñal de los que en 1835 le asaltaron en su coche, le alteró el color, ni cuando los secuaces de *Mazzini* llevaron el trastorno y la desolacion á la ciudad eterna, dejó de poseer un solo momento y en cumplida integridad su perseverante brio, hasta el punto de haber tenido la honra, en aquellos dias de luto y profanacion, de ser el discreto consejero y caloroso defensor del Vicario de Jesucristo.—¿Quién no recuerda haberle visto ó haber oido contar que en las funestas horas que en España tronaba la guerra civil, y las irritadas turbas pedian más alimento político y la cabeza del ministro, que se negaba á dárselo, se paseaba este por el Prado sin más armas ni escolta que su *histórico lente* y su risueña y tranquila faz en la que llevaba reflejada su conciencia?

Martinez de la Rosa, jóven, era un anciano por la precocidad de su entendimiento y madura sensatez: Martinez de la Rosa, anciano, era un jóven lleno de ilusiones, de vivos y generosos afectos: cuando poseia nada más que su modesta fortuna, era rico de ideas, de nobles aspiraciones, de virtudes patrióticas: prócer, jefe del gobierno, embajador, con las principales condecoraciones de Europa y presidente del Congreso de los diputados, ha muerto pobre. Los sueldos que percibió en los elevados

cargos que se le confiaron, los ha distribuido silenciosamente entre los menesterosos, dejando por esta razon bastante mermados sus bienes patrimoniales.—Su mano izquierda jamás supo de los beneficios que dispensó la derecha, beneficios cuyo velo ha rasgado la inexorable muerte, demostrando la delicadeza, sencillez y mansedumbre con que habian sido hechos en fiel observancia de los puros preceptos del Apóstol de las gentes y el Angélico Doctor.—Entre otros muchos actos de verdadera caridad que honrarán eternamente su memoria, hay uno que es conocido por muy pocas personas y que es justo sea publicado como un ejemplo de humildad.—*Megia*, el desgraciado *Megia*, á quien Dios haya perdonado sus errores y excesos políticos, autor del execrable *Zurriago*, fué uno de los hombres más desatentados, que con más violencia y pertinacia difamó, calumnió y mortificó á MARTINEZ DE LA ROSA. Estos genios aviesos concluyen por recibir el merecido castigo de la mano de Dios y de la de los hombres, y *Megia* concluyó sus poco envidiables dias en la cama de un hospital. Cuando se encontraba en esta situacion, abrumado bajo el peso de las dolencias, de la miseria, del recuerdo de las injurias, de los agravios con que habia manchado su vida, y abandonado á la indiferencia, al olvido universal, MARTINEZ DE LA ROSA, uno de los primeros personajes del Estado, sin otra compañía que los impulsos de su noble corazon, se presentó en el hospital y puso al lado del enfermo.—En el lecho del dolor le perdonó y bendijo : le consoló, confortó su espíritu y socorrió hasta el postrer instante, haciendo extensivos despues sus beneficios á la familia de aquel desventurado.—¡ Qué mayor alabanza puede tributarse á un hombre que la que re-

sulta de la sencilla exposicion de estos hechos admirables!

Podria discurrir largamente sobre esta materia; pero me lo vedan el temor de ofenderle aún en la tumba contrariando su evangélica reserva, y el justificado recelo de abusar de vuestra atencion, no porque os canseis de oir encomiar las virtudes de un gran ciudadano, sino porque no corresponde á la grandeza de su historia el desmayado aliento del narrador, y voy á concluir.

La Real Academia Española, en cuyo seno ha permanecido aquel por espacio de cuarenta y ocho años, ha podido, nombrando á cualquiera otro de sus ilustrados individuos y no á mí, rendirle un homenaje digno de ella y del glorioso magnate á quien consagramos este dia; pero sabedora de que uno de mis ascendientes fué acaso el primero que le abrazó al aparecer en las puertas de la vida, ha tenido la delicada atencion de mandar que sea el nieto el que le salude al verle penetrar en el oscuro reino de la muerte.

Y yo le saludo, señores, con la admiracion y respetuoso recogimiento que saludo al astro del dia: como él ha tenido auroras sonrosadas y tempestuosas: como él ha brillado en el cénit dándonos blando calor con los rayos de su elocuencia, y ha bajado á la tumba con la pompa y majestad que vemos al sol en el ocaso ocultarse en el seno de los mares.

¡Que Dios haya concedido á su alma el descanso eterno en la region de los bienaventurados! —

